



[www.loqueleo.es](http://www.loqueleo.es)

© Del texto: 2025, Victor Panicello

© De esta edición:

2025, Sanoma Infantil y Juvenil, S. L.

Loqueleo es una marca registrada directa o indirectamente por Grupo Santillana Educación Global, S. L. U., licenciada a Sanoma Infantil y Juvenil, S. L.

Ronda de Europa, 5. 28760 Tres Cantos, Madrid

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-567-6

Depósito legal: M-23375-2024

Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: marzo de 2025



Las materias primas utilizadas en la fabricación de este libro son reciclables y cumplen ampliamente con la normativa europea de sostenibilidad, economía circular y gestión energética.

Queda prohibida la utilización de los contenidos de esta obra, de cualquier forma, o por cualquier proceso, con fines de minería de texto y datos, aprendizaje automático, desarrollo y/o entrenamiento y/o enriquecimiento de inteligencias artificiales de cualquier clase.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



AMO  
EL  
K-POP

The text 'AMO EL K-POP' is rendered in a bold, bubbly, black-and-white font with a 3D effect. The word 'AMO' is at the top, 'EL' is in the middle, and 'K-POP' is at the bottom. The text is surrounded by decorative elements: a single asterisk and a musical note above 'AMO'; a starburst with three wavy lines above 'EL'; a musical note and an asterisk to the right of 'EL'; a musical note and an asterisk to the right of 'K-POP'; and a single asterisk below 'K-POP'.

loqueleq



## Sonidos

La tercera o cuarta frecuencia es la que creo que tiene un ritmo que alguien podría adaptar a un tema de *k-pop*. ¡Sería increíble!

7

Llevo metida en este tubo casi cerrado por completo más de veinte minutos, aunque eso es difícil de medir porque aquí dentro se pierde la noción del tiempo. De tanto en tanto, compruebo que todavía tengo en mi mano derecha esa especie de mando con botón que puedo pulsar si ya no aguanto más. No voy a hacerlo, claro, pero necesito saber que, llegado el caso, podría apretarlo y la resonancia magnética se detendría y me sacarían de esta especie de sarcófago de plástico.

Me han dicho que, cuando escuche los sonidos que emite este enorme aparato, me mantenga del todo inmóvil, incluso que no trague saliva mientras las frecuencias atraviesan mi cabeza en busca de algo extraño que confirme o desmienta lo que el oncólogo busca.

—Solo queremos asegurarnos de que tu cerebro sigue limpio.

Cuando nos explicó que a veces la leucemia deja escapar algunas células malas hacia el cerebro que podrían causar tumores, apenas me miró. Entonces supe que mis dolores de cabeza podrían tener una causa real de la que nadie quiere hablar todavía.

—No te preocupes, Marta —me dijo, pero dirigiéndose a mis padres—. Seguramente no será nada de eso.

8 Pero lo será, estoy tan segura que mis dedos están tentados de apretar el botón para salir de aquí ya que no vale la pena pasar por todo esto cuando el resultado está cantado. Mi mala suerte de siempre va a ganar de nuevo una partida.

—Sé valiente, Marta —me dijo mamá justo antes de dejarme en la puerta de esta especie de laboratorio interespacial donde la enorme máquina me ha engullido como si pasara mucha hambre.

Fue la primera vez que estuve tentada de explicarle que Jiyu —지유—, mi nombre coreano, precisamente significa «mujer valerosa». Por eso lo escogí, porque quería ser valiente ahora que mi vida se ha convertido en un desastre total.

Desde el momento en que escuché el diagnóstico decidí adoptar una personalidad que me permitiera alejarme de Marta, especialmente cuando el *k-pop* me deja liberarme. Para encontrar un nombre coreano que me gustara, enseguida acudí a los *k-dramas*. Me encantan, como corresponde a lo que soy, una *hallyu* a la que le fascina todo lo que se genera en ese país tan lejano e increíble, aunque lo mejor es el *k-pop*, claro. Pero también me gusta su

cultura, su gastronomía, sus colores, sus vestidos y su manera de hacer que el mundo parezca un lugar más amable para vivir.

Y ahora, más que nunca, necesito verlo así.

La ola coreana me golpeó con una fuerza increíble cuando cumplí los quince, empezando el último curso de la ESO, y ahora que estoy a punto de cumplir diecisiete sigo surfeando en ella, aunque nunca imaginé que sería tan importante en mi vida.

Pues bien, mientras veía uno de esos dramas donde la frontera entre el amor y el odio entre amantes es muy fina descubrí mi nombre de guerra, ese con el que salgo en los ensayos a darlo todo. Pasé a ser Jiyu, la mujer valerosa, porque había sobrevivido al *bullying* cuando todavía estaba en Primaria y a una relación tan tóxica que apenas me dejaba respirar, y porque ahora me encontraba luchando contra mi propia sangre para expulsar la leucemia de mi organismo y contener esos glóbulos blancos que se reproducen de forma incontrolable.

Fue en una de esas series conocidas como *enemies to lovers* donde descubrí un personaje llamado Jiyu, una chica que lucha contra muchas cosas que no funcionan en su vida, y sentí que esa era yo. La protagonista había conocido a un compañero de cuarto, un *roomie*, muy diferente a ella, y eso provoca que se odien desde el primer momento, aunque todo el mundo sabe que al final van a amarse, como efectivamente sucede en pocos capítulos.

Ojalá la vida real fuera tan sencilla.

Ojalá yo no tuviera que estar siempre luchando.

Ojalá Marta fuera realmente valiente.

¡Zummm! ¡Zummm! ¡Zummm! ¡Zummm!

La secuencia es algo irregular porque las series de los zumbidos son diferentes: primero son cuatro, luego seis y finalmente ocho. Seguramente ese sonido metálico no entienda de tempos musicales, pero a mí me gusta dárse-los porque entonces los ruidos se convierten en algo casi armonioso, aunque realmente hay que estar un poco loca para verlo así.

10 O sentirse muy sola aquí dentro.

¡Cloc! ¡Cloc! ¡Cloc! ¡Cloc!

Este mismo repiqueteo se desdobra enseguida y es como si diera entrada a la pieza musical que alguien debería componer.

¡Cloc! ¡Tac! ¡Cloc! ¡Tac! ¡Cloc! ¡Tac! ¡Cloc! ¡Tac!

Hablaré con Lucky cuando salga de esta tumba y le propondré que estudie estos ritmos y cree algo nuevo con ellos. Le encanta la música electrónica y estas cadencias encajarían bien en ese estilo, aunque sé que protestará y me dirá que el tempo es demasiado rápido y ¡bla!, ¡bla!, ¡bla!

También me parecía que el *k-pop* era demasiado rápido para mí cuando me puse el primer vídeo del YouTube para principiantes.

—Hola, chicos y chicas. Si estáis viendo esto es porque habéis descubierto un universo nuevo. Soy Raúl y voy a introducirlos en el maravilloso mundo del *k-pop*. Al principio lo haremos todo muy despacito, pero ya veréis como en poco tiempo podréis bailar como vuestros *idols*.



En mi caso, no fue poco tiempo, ya que estuve más de un año practicando en casa yo sola. Muchas veces llegué a pensar que nunca lo conseguiría, hasta que me convertí en Jiyu y dejé el miedo atrás. Siempre está atento a volver a dominarme, y más ahora que mis glóbulos blancos se han vuelto locos y solo Jiyu puede ayudarme a soportarlo.

Solo ella y pensar en la precisión.

El *k-pop* es sobre todo precisión, por respeto a tus *idols* y porque así se ha practicado desde que llegó a Europa.

¡Tac! ¡Cloc! ¡Tac! ¡Cloc! ¡Tac! ¡Cloc! ¡Tac!

¡Ping! ¡Ping! ¡Ping! ¡Ping! ¡Ping! ¡Ping!

De alguna manera, este ritmo loco me recuerda una canción de Monsta X que creo que se llamaba *Hero* y que te obliga a ir a tope. Algunas veces, en la academia, Maku nos la pone de calentamiento y así todo el mundo está listo en muy pocos minutos.

Son muchos saltos, sin dejar de mover los brazos, que son muy importantes en el *k-pop*. Un pie hacia delante y enseguida llevarlo atrás, un círculo con ambos brazos a la vez, salto corto, nos abrimos en rueda y otra vez al centro.

*Te he estado mirando todo el día y sé cuál es el problema,  
¡yeah!*

Más lo sé yo, es la leucemia y todo lo que va mal en mi vida.

Piernas separadas, brazos cruzados sobre el pecho, bambolemos las caderas, encoger, levantar, abrimos brazos...

*I can be your hero.*

Ahora mismo, no me iría nada mal tener a un héroe que me ayudara en esta lucha..., o mejor que me sustituyera porque yo no quiero esto, no lo he pedido y desde luego no lo necesito. Imagino que todo el mundo que pasa por lo mismo cree que es muy injusto.

Yo también lo creo.

¡Buit! ¡Buit! ¡Buit! ¡Buit! ¡Buit!

12

Pausa.

¡Zummm! ¡Zummm! ¡Zummm! ¡Zummm!

Pausa.

¡Piiiiiii! ¡Piiiiiii! ¡Piiiiiii! ¡Piiiiiii!

Silencio.

Ni siquiera me doy cuenta de que la plataforma se mueve hasta que veo la luz y la cara de la enfermera con esa sonrisa forzada que casi parece llevar tatuada.

—Bueno, no ha sido tan malo, ¿no?

—No.

Lo malo no es la resonancia, sino la leucemia. A veces lo malo es la vida. Más preguntas.

—¿Cómo estás?

—Bien, mamá, estoy bien.

—¿Seguro?

—Sí, seguro.

—No tienes buena cara.

—Tú tampoco la tendrías si te hubieras pasado casi media hora ahí encerrada.

—Vale, vale, solo preguntaba.

—Pues yo solo contestaba.

Esta conversación, o alguna muy similar, es la que más se repite con mi madre desde que me diagnosticaron la enfermedad. Ella trata de tenerlo todo controlado porque es su manera de enfrentar este tema, pero entonces entra en una espiral de sobreprotección que me asfixia.

Con papá, la cosa es diferente, aunque no diría que mejor.

Él, simplemente, parece querer ignorar lo que pasa y se comporta como si todo fuera normal. No habla del tema, no me pregunta cómo estoy y no nos ha acompañado a ninguna de las visitas con el oncólogo con una excusa de pena.

—No me gustan los hospitales.

Claro, como si a los demás nos encantara venir aquí a escuchar todo lo que planean hacerme para liquidar lo que sea que corre por mi sangre con un líquido corrosivo que me meterán en las venas.

Mi pelo va a empezar a caerse cuando llevemos dos o tres sesiones de quimio.

—Tendrás que cortártelo al cero —intervino mamá después de la visita y de las lágrimas.

—O al uno —respondí.

—Vale, pero hay que hacerlo.

He decidido que, llegado el momento, lo haré yo sola con la máquina esa que tiene mi padre para recortarse la barba. No voy a dejar que nadie me corte la cabellera que llevo cuidando desde los nueve años.

Fue precisamente ese día, después de oír que se había confirmado el diagnóstico, cuando decidí dar el paso que llevaba mucho tiempo aplazando. Soy una persona tímida, más bien encerrada en mí misma, aunque no sé muy bien la razón. Me cuesta relacionarme con gente que no conozco, porque siempre tengo la impresión de que voy a fallar en algo, por eso me costó tanto tiempo decidirme a apuntarme a la academia. Una vez que lo hice, progresé muy rápido porque no es lo mismo bailar sola sin que nadie te diga dónde fallas que hacerlo con otros y poder recibir consejos y además compararte.

Sin embargo, a pesar de que bailar me encanta, nunca me he expuesto a las opiniones de los demás bailando frente a gente que no sean los de mi grupo. Solo un par de veces he participado en los bailes de trabajo que hacemos con otros grupos en la academia, pero nada de público. Ya lo pasé mal pensando en todo lo que dirían de mí los otros bailarines.

—A bailar se aprende practicando, pero también cuando te critican los demás —me repetía Maku siempre que me negaba a formar parte de algún evento abierto.

Al final, acepté que nos filmaran para colgar algunos *reels* en las redes de la academia mientras fuera disimulada en el grupo, pero de eso a exponerme en directo o yo sola había un abismo.

Pero las cosas cambian cuando algo te golpea en plena cara, o al menos eso necesitamos algunas para dar un paso adelante, así que creo que me arriesgaré a que los demás me vean y si es necesario me pongan a parir.

Total, ¿qué puede ir mal? Cuando tu problema es saber si vas a tener un futuro o no, la perspectiva cambia mucho.

Por eso me convertí en Jiyu, porque ella es valiente, así que estoy dispuesta.

Mis compañeras se alegraron mucho cuando les dije que estaba abierta a bailar para los demás, especialmente Shenna, con la que he hecho algo parecido a la amistad, aunque solo en el entorno de la academia.

—Haremos cosas muy chulas juntas, ya verás. Una vez que empiezas, ni siquiera ves a la gente que tienes delante, porque solo hay música, movimiento y tus compañeros.

Somos muy diferentes, pero a ella le vuelve loca bailar y a mí también. Nos une una pasión que nadie que no la haya experimentado puede entender, porque no puede saber lo que se siente mientras mueves el cuerpo entero y la música vibra en cada centímetro de tu piel, en cada célula, en cada glóbulo de tu sangre, sea blanco o rojo.

No le he contado lo de la leucemia, ni a ella ni a nadie, porque no quiero que se metan en mi vida más de lo necesario. Sin embargo, seguramente muy pronto empiecen a notarse los cambios en mi físico, sobre todo en mi pelo, así que no sé hasta cuándo podré disimular.

Claro que, en realidad, llevo media vida disimulando quién soy yo realmente.

Después de la resonancia, papá solo me ha preguntado lo de siempre:

—¿Todo bien?

Y yo le he respondido lo de siempre.

—Sí, todo bien.

En los días delicados, esta acostumbra a ser nuestra conversación sobre mi salud.

La cena es tranquila, llena de silencios que nos hieren o nos separan. Mamá no me pregunta cómo estoy porque hoy ya ha llenado su cupo. Intenta comentar cosas sobre la resonancia y lo que esperamos encontrar..., sobre todo lo que no queremos encontrar, pero yo necesito parar de hablar del tema.

16

Cuando me meto en mi habitación recreo mentalmente el ritmo que he sentido mientras estaba atrapada en esa otra vida dentro del sarcófago y vuelvo al *k-pop*.

Siempre me había gustado lo asiático, por decirlo de alguna manera. Me encanta el *anime* y soy de las que se pasan horas metidas en esas historias delicadas o violentas, o ambas cosas a la vez. Me gusta lo que desprende esa cultura llena de sensibilidad que yo siempre había identificado con Japón.

Hasta que apareció esa música que explotó en Corea del Sur y que se ha difundido por todo el mundo, creando una especie de hermandad a la que mucha gente se siente unida. Nadie, ni siquiera yo misma, sabe con seguridad qué es lo que la hace diferente. Un poco de todo, imagino: su ritmo fascinante; las coreografías, que son complicadas, pero llenas de energía; la estética tan definida; la imagen de los cantantes; los grupos de chicos y chicas jóvenes con ganas de comerse el mundo...

El buen rollo.

No sé, la verdad es que jamás hubiera pensado que me atraparía a mí también. Cuando era pequeña, bailaba

siempre por mi casa, para desesperación de mamá, que creía que lo hacía porque era una payasa o por molestar, vete a saber.

Cuando me hice algo mayor, dejé de bailar porque comencé a sentirme ridícula haciéndolo. A los doce, decidí que era muy patosa, pues soy grande y tengo tendencia a tropezar con las cosas y a darme golpes en los brazos o en las piernas.

—Pero ¡qué patosa eres! —me decía mamá cuando chocaba con ella o tiraba al suelo un plato al recoger la mesa.

17

En el instituto jamás se me pasó por la cabeza participar de esos ensayos que algunas montaban en el patio para coordinar una coreografía o grabar un tiktok.

—Venga, Marta, que no es tan difícil.

Yo solo sonreía, pero nunca participaba. Soy tímida, callada y algo antisocial.

—Lo que eres en realidad es una friki —me dijo un día Susana.

Es mi mejor amiga, pero no tiene problemas para soltarte lo que piensa, aunque eso te haga daño.

*¿Soy friki?*

Seguramente sí. A cada cual le toca su papel en la vida y el mío parece ser este: callada, friki y no muy atractiva para los chicos, que ni siquiera me ven.

Pero el *k-pop* me abrió una nueva visión de mí misma y de mis posibilidades. Desde que empecé a seguir los vídeos en mi habitación, sentí que eso daba algún sentido a mi vida.

Así que continuó viendo vídeos de Raúl, pero también de otros, incluidos los de Maku, que cuelga sus coreografías en las redes cada semana.

Abro uno con el que llevo varios días trabajando y que es realmente complicado porque insiste mucho en los desplazamientos laterales, que a mí me cuestan bastante. Me pongo los cascos inalámbricos y trato de meterme en el ritmo y en la magia del movimiento fluido, pero no me concentro y decido dejarlo.

18 Ha sido un día difícil porque no sé si en mi cabeza, además del *k-pop*, hay otras cosas no tan buenas y hasta que no tenga los resultados de la resonancia me va a costar no preocuparme más de la cuenta.

Cada dos por tres me miro en el espejo de mi habitación, preguntándome cómo será eso de no tener pelo. Siento pena, claro, pero también una cierta curiosidad. Abro el armario y busco en el primer cajón las pelucas que mamá ya ha comprado para mí.

Su obsesión por el control se ha disparado desde que nos explicaron cuál era el motivo por el que hacía tiempo que me sentía constantemente agotada. Siempre ha sido muy previsora, pero ahora va a mil todos los días. Sin decirme nada, me encargó una peluca castaña que se supone que debía ser parecida a mi cabello natural. Cuando me hizo acompañarla a la tienda, un sitio que daba repelús, acepté comprarla si a cambio podía tener también una de color rosa. Al día siguiente, me corté el pelo para que estuviera igual de corto que las pelucas y así, cuando tuviera que ponerme las, costaría más que se dieran cuenta..., o eso esperaba.



Se resistió a que comprara la otra, pero yo sé manejarla, y más cuando me he dado cuenta de que se siente culpable 24/7.

Esta será mi peluca para bailar porque el rosa es uno de los colores del *k-pop* y ahora también de mi vida.

La normal la dejo para ir al instituto.

Rosa para Jiyu.

Castaño para Marta.

Dos vidas en una, eso no puede decirlo todo el mundo, así que no puedo quejarme.

# Kimchi

20

La clase de hoy se retrasa media hora.

¿Y eso?

Pues a mí me va fatal.

Y a mí.

Y a mí.

Yo tengo un examen mañana.

¿No podría ser una hora? Así aprovecho para ver un capítulo de Naruto, que voy fatal para ponerme al día. 🙏



Los chats de grupo son lo peor. A la que alguien dice algo, todo el mundo cree que debe contestar, aunque sea con un emoji. Por lo visto, Maku da clases en más de una academia —lo he buscado—, así que, de vez en cuando, llega tarde, y entonces nos avisa en el chat donde me metieron ya el primer día de clase. Normalmente la cosa no va más allá de unos minutos, pero hoy se ha pasado.

Como soy algo obsesiva, cuando he recibido el mensaje ya había salido de casa para llegar a tiempo —odio llegar tarde a cualquier parte— y ahora tengo un buen rato perdido hasta que pase esa media hora. Me gustaría ser más despreocupada, poder ser impuntual sin sentirme fatal, vivir con menos presión.

—Intentar ser perfecta es lo que te ha llevado a la bulimia.

Ese fue el diagnóstico que me dio Carmen, la psicóloga del centro donde me trataron de ese trastorno cuando tenía catorce años.

—No quiero ser perfecta, solo es que odio mi cuerpo.

Y esa fue mi respuesta, sincera como soy yo cuando tengo que decir algo: directa y sin adornos.

El tratamiento fue largo y costoso, cosa que a menudo papá me recuerda cuando tiene ganas de pelea.

—Pues ya te lo pagaré cuando trabaje —acostumbro a responderle.

No llegaron a ingresarme, pero me costó bastante tiempo y terapia aceptar que, por mucho que me torturara en el ciclo infernal de no comer-comer mucho-vomitarse, mi físico no iba a ser el que yo quisiera.

Es difícil asumir que nunca serás como quieres ser.

El baile formó parte del proceso que me impuse cuando decidí que, si la comida no era la solución, tal vez haciendo mucho ejercicio encontrara a esa que no era yo.

Bailaba como parte de un castigo que me infligía a mí misma por no conseguir ser mejor, y estuve a punto de odiarlo. Entonces, descubrí que solo tenía que dejarme ir para olvidarme de esa voz que siempre me machaca..., y fue una liberación.

22 Descubrí que solo soy yo cuando bailo.

O al menos esa *yo* que me gusta.

A las cinco y media sigo en una cafetería cercana a la academia mirando increíbles vídeos de *covers*. Hay gente que se lanza a hacerlos en plena calle, delante de todo el mundo, y entonces los graban y los cuelgan. Me gusta esa idea, debe de ser emocionante, pero a mí me daría mucha vergüenza. De momento ya haré mucho si participo en alguna exhibición controlada ahora que me he decidido.

He escogido este sitio porque está lo suficientemente lejos de la academia y es bastante improbable que me encuentre con alguien del grupo. Son buena gente y la mayoría me cae bien, sobre todo Shenna, pero no me apetece tener que hablar de cosas que ahora no me importan. Por lo menos, hasta que sepa el resultado de la resonancia.

Bebo despacio la infusión de salvia que me he pedido —esa es otra de las razones por las que vengo a este lugar— y trato de acostumbrarme a su sabor. No me gustan demasiado las infusiones, pero mamá me ha asegurado que algunas plantas tienen efectos positivos en los

casos de leucemia. No es que me lo crea mucho, ni ella tampoco, pero mal no me va a hacer, así que...

Estoy muy centrada en una de las coreografías que estamos trabajando. Es difícil, como casi todas cuando vas avanzando, porque el movimiento es constante cuando hablamos de *k-pop*. Mis piernas siguen más o menos los desplazamientos necesarios, pero mis brazos parecen querer ir por libre y, en mi caso, eso se ve mucho.

No soy pequeña..., por decirlo de alguna manera. Mido casi uno ochenta y eso es horrible porque nunca tienes donde esconderte. Además, soy ancha de huesos —así lo llamaba mi abuela cuando me quejaba—. En realidad, tengo tendencia a engordar y creo que nunca voy a conseguir reconciliarme con eso.

Entre las muchas pegas que tiene ser así, cuando formas parte de un grupo, está que parece que todos los focos te apuntan a ti. En el caso del baile, es como que, cada vez que abro los brazos o gesticulo, todo es más que evidente, especialmente los fallos.

—Todos fallamos —me dice Maku cuando me siento frustrada por haber hecho algo a destiempo.

—Claro, pero no se ve tanto —le respondo siempre.

Esta coreografía que estamos haciendo es una pesadilla para alguien como yo.

—Entonces, ¿por qué lo haces? —me pregunta Susana cuando me quejo.

Lo he pensado muchas veces y solo tengo una respuesta posible:

—Porque, cuando bailo, no soy yo.